



115 de la Calle
del Olvido

L o l a K a b u k i



LOLA KABUKI

115 DE LA CALLE DEL OLVIDO

ISBN-13: 978-1542891233

ISBN-10: 154289123X

©Lola Kabuki 2017

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Del Código Penal).

SEGUROS DE VIDA

Era un día cualquiera de Septiembre. No hacía demasiado calor, pero la humedad era insoportable. Caminar por la ciudad bajo el sol se hacía cada vez más insoportable. Me paré frente al portal 115, aquí era.

La puerta de hierro forjado en color negro parecía realmente pesada, como si no quisiera ser abierta, y apoyé la espalda en ella mientras llamaba al portero automático.

Tras identificarme, me abrieron la puerta sin decir una palabra y me adentré en la oscuridad del portal.

Un portal viejo, oscuro y enorme. De techos altos y espacios infinitos, con las paredes de un color indefinido, entre gris y marrón.

Al fondo a la derecha se veía un ascensor viejo, con una reja que hacía juego con la puerta del portal, y a su derecha las escaleras, acompañadas de una barandilla metálica también.

Al acercarme leí una nota sujeta con dos celos, uno arriba y otro abajo, que decía con un rotulador rojo, que el ascensor estaba averiado.

Averiado.

Que disculpáramos las molestias.

Tomé aire y agarré con fuerza el maletín con una mano mientras apoyaba la otra sobre el pasamanos. Me iba a tocar subir quince pisos a pie. Respiré hondo.

Por lo menos dentro del portal hacía fresco, aunque por alguna razón, me seguía costando respirar y me sentía incómoda con la ropa que llevaba.

Los dos primeros pisos los subí relativamente rápido, martilleando el mármol del suelo con mis tacones, elegante y con la cabeza erguida, pero en el tercero me pareció que de repente los escalones eran cada vez más altos y que me costaba más levantar las piernas cada vez más, así que me

paré un rato en el descansillo del cuarto piso para coger aire.

Había muchas plantas en jardineras rectangulares de loza, eran plantas trepadoras que se habían apoderado de gran parte de la reja metálica que cubría el viejo ascensor a pesar de estar secas.

Secas, como si nadie se hubiera ocupado de ellas en los últimos meses.

Con la respiración agitada y gotas de sudor helado en mi espalda me agarré a la verja metálica y miré hacia abajo por el hueco del ascensor. Sólo se veía oscuridad.

Me acordé de la nota: que disculpáramos las molestias.

Me salió una carcajada sarcástica, que de forma inesperada se vio interrumpida por un fuerte ruido de hierros que parecía provenir del ascensor.

Desde la planta baja.

Me asusté y en un acto reflejo, solté el maletín para agarrarme mejor a la verja, haciéndome un pequeño corte en la mano.

Al parecer las plantas trepadoras tenían espinas, o la verja alguna arista de metal suelta.

Busqué en mi bolso algún pañuelo de papel, pero no encontré nada y tuve que lamer suavemente la sangre para no manchar mi ropa. El sabor de la sangre me recordó al sabor del metal, y me pregunté si la verja metálica sabría igual.

Recogí el maletín del suelo y seguí subiendo las escaleras, lentamente. Con la cabeza erguida y presionando la herida con la otra mano. El corte era pequeño pero parecía profundo.

Me sobresalté al escuchar ladridos de un perro desde detrás de una puerta en el sexto piso. Se escuchaban

tan cerca... ¡y tan alto!

El perro, que debía ser de un tamaño considerable a juzgar por el tipo de ladrido, arañaba la puerta para salir, la golpeaba, gruñía, y respiraba de forma agitada.

Se me cayó el maletín al suelo por segunda vez, al no tenerlo bien agarrado, y esta vez se abrió, desparramando todo su contenido. Cientos de hojas con información sobre seguros de vida se deslizaron en forma de abanico por las escaleras, quedando a menos de un metro de la puerta que ladraba. Resignada me agaché y comencé a bajar escaleras mientras recogía hojas.

Cuanto más me acercaba más nervioso y violento parecía ponerse el perro.

La última hoja de papel estaba muy cerca de la puerta.

La recogí sin vacilar y el perro dejó de ladrar, pero seguía escuchando su respiración. Agitada e irregular.

Cerré el maletín y me alejé con rapidez, lamí de nuevo mi mano y comencé a subir y subir escaleras. Dos descansillos después paré a respirar un poco en el rellano, mi cita de las cinco me estaba esperando.

En el piso quince, tras la puerta C, y yo estaba tardando demasiado.

No era culpa mía que el ascensor no funcionara.

Levanté la vista malhumorada hacia el ascensor y me fijé en que no había número en esa escalera. No sabía en qué piso estaba exactamente.

Al subir al siguiente piso, vi que tampoco había número en el descansillo y escuché con horror, unos gritos de dolor que venían del interior de una vivienda. La B.

Alguien gritaba al otro lado de la puerta como si le estuvieran torturando o algo parecido. Me quedé mirando

la puerta y decidí seguir subiendo escaleras sin saber muy bien qué hacer.

Saqué mi teléfono móvil, por si necesitaba o debía llamar a alguien, pero no había cobertura.

En el siguiente rellano me paré y dejé el maletín en el suelo.

Todavía se escuchaban los gritos infernales del piso de abajo, cada vez más terribles y una voz que suplicaba ayuda. No sabía qué hacer, me tapé los oídos con las palmas de las manos, manchándome la cara sin querer con la sangre de la herida. Mi falda y una de mis piernas también tenían gotas de sangre.

Genial.

Volví a mirar el móvil nerviosa sin saber muy bien qué hacer, cuando un fuerte sonido como de hierros pesados y oxidados me hizo dar un respingo.

El ascensor subía.

El ascensor estaba estropeado, pero hacía un sonido como si estuviera en funcionamiento. Como si estuviera moviéndose y subiendo hacia mí.

Como si se estuviera quejando.

Me volví hacia la verja de hierro que lo cubría y miré hacia abajo. No se veía nada, estaba todo demasiado oscuro.

Lo que si vi al levantar la vista, me dejó casi sin respiración: en ese rellano tampoco había ningún número.

El ascensor subía y yo no sabía en qué piso estaba.

Sin pararme a pensar, recogí el maletín con mi mano herida y con los gritos de horror del piso de abajo golpeándose en la conciencia, y subí rápidamente las escaleras.

Tampoco había número en el siguiente piso, pero ya no me sorprendió y apoyé la espalda en la pared para des-

cansar un poco, cuando me di cuenta de que una de las puertas del rellano estaba entreabierta.

Durante medio segundo me dio por pensar que a lo mejor era mi cita de las cinco.

Aunque no podía ser...

No sabía en qué piso estaba pero no podía estar ya en el piso quince, no podía haber subido tan rápido, ¿o sí?

El ascensor dejó de hacer ruido y se paró en el piso de abajo, o eso me pareció. Me aferré al maletín con mi mano ensangrentada, como si este fuera un escudo, mientras la puerta hasta ahora entreabierta, se abrió poco a poco.

En su interior, oscuridad y un largo pasillo del que no se veía el final.

No se veía nada, pero me pareció escuchar unos débiles golpecitos en la pared, que se repetían, como secuencias de código morse. A lo mejor alguien trataba de establecer comunicación de esa manera. Por golpes.

Recordé los gritos y golpes tras la puerta de pisos más abajo y se me aceleró el pulso. Noté mi respiración agitada y sudor frío sobre mi espalda.

Me senté en las escaleras a sopesar mentalmente mi inesperada situación, y me angustié un poco más, al pensar que ese día tenía que haber sido un día de trabajo como otro cualquiera. Un día en el que tenía una cita concertada a las cinco, para contratar un seguro de vida...y punto.

Estaba envuelta en una situación que yo no había buscado, y no sabía cómo salir de ella.

Ensangrentada y sentada en las escaleras de quién sabe qué piso, de un portal donde un ascensor que no funcionaba se movía, y donde los vecinos eran un poco... ¿siniestros?, y de repente todo era muy... extraño. Y encima no tenía cobertura.

Subí al siguiente piso en un intento por alejarme de todo.

Piso 22.

Dejé caer mi maletín al suelo y esta vez ya no me molesté en recogerlo.

Era imposible.

En este edificio sólo había diecisiete pisos. No estaba totalmente segura al 100%, pero casi.

Los números de la escalera debían estar equivocados. O tal vez se trataba de una broma.

Decidí que tenía que salir de allí. Como fuera, porque la situación me estaba superando poco a poco.

Escuché ruidos de pasos en algún piso inferior y toses secas, y sin pensarlo subí un piso más, sabiendo que cuanto más subía, más me alejaba de la salida. Me aceleré y sin saber muy bien cómo, se me enredaron los pies y tuve que poner las manos para no caerme, dejando una huella perfecta de una mano abierta en color rojo en el suelo.

Me levanté del suelo y comprobé que se me había roto un tacón. No totalmente, pero se movía, no estaba asegurado y eso seguro que hacía que me volviera a caer, así que me quité los zapatos y los coloqué junto a la marca de la mano, en el suelo. Al acercarme me di cuenta de que algo estaba goteando sobre los zapatos, algo que parecía ser un líquido denso y oscuro... lo toqué con el dedo.

Parecía sangre.

Todavía agachada en el suelo, me atreví a mirar hacia arriba, con el estómago encogido del miedo de encontrar algo terrible. Como un flash me vino a la mente la imagen de un cadáver atado y colgado del techo.

Pero no, en el techo tan sólo había una especie de gotera de color oscuro y viscoso.

Se me revolvió el estómago al pensar en el piso superior inundado de sangre... y una sensación de asco se apoderó de mi estómago, haciéndome vomitar allí mismo.

Sobre mis zapatos y la huella de mi mano.

El ascensor volvió a hacer ruidos profundos de hierros y parecía que volvía a moverse. Me coloqué frente a él, dispuesta a acabar con todo.

Cuando llegó a mi piso y se abrieron las puertas ruidosamente, estaba vacío. Tardó lo que me pareció una eternidad, pero lo importante es que estaba vacío.

Vacío.

Me sorprendí gratamente, aunque en realidad no esperaba encontrarme con nadie, bueno, más bien no "de-seaba" encontrarme con nadie.

Subí al ascensor y pulsé el botón para bajar a la planta baja. Las puertas tardaron casi un largo y denso minuto en reaccionar y cerrarse, y durante ese tiempo me temí lo peor, quedarme atrapada o que la caja cayera al vacío conmigo dentro... después de todo, estaba averiado. No sería raro que sucediera algo así.

Miré fijamente y con cierto alivio como las puertas se iban cerrando poco a poco, pero cuando el ascensor comenzó a moverse, empezó a **subir**, encerrándome más y más en este edificio infernal.

Las puertas se volvieron a abrir en el último piso, el treinta y tres, aunque esto no podía ser, ya que el edificio sólo tenía diecisiete pisos.

Salí del ascensor con el miedo de alguien que no sabe qué puede encontrar, y dispuesta a que pasara cualquier cosa. En este rellano sólo había dos puertas de viviendas, la puerta de acceso a los camarotes, y la sala de contadores.

Inesperadamente, de dentro de una de las viviendas escuché una voz "normal", que parecía que estaba hablando por teléfono. Sin dudarlo me abalancé sobre la puerta, aporreándola comencé a llamar al timbre de forma compulsiva.

Necesitaba ayuda con desesperación y que me sacaran de allí.

La voz gritó al otro lado que iba a llamar a la policía, mientras me observaba a través de la mirilla.

Estupendo, pensé. Que llame, si. Que llame.

Me senté en las escaleras a esperar, mientras escuché nuevamente ruidos de hierros que venían del ascensor, pero esta vez con más eco.

La voz "normal", ahora histérica, me gritó que me fuera, desde el otro lado de la puerta, que me estaba vigilando y que ya había llamado a la policía. Que vendrían en cinco minutos y que si no me iba, me pegaría un tiro.

Corrí hacia las escaleras y empecé a bajarlas lo más rápido que pude, teniendo en cuenta que estaba descalza.

No quería escuchar ni ver nada, sólo llegar abajo cuanto antes.

Salir de allí.

Lágrimas de desesperación corrían por mi cara, cuando me di cuenta de que alguien me seguía.

Alguien estaba bajando las escaleras corriendo un par de pisos por detrás de mí.

Noté su respiración fuerte y sus pisadas.

Alguien me estaba persiguiendo.

Intenté correr más rápido para sacar ventaja, y saqué una buena diferencia, pero al pasar por uno de los rellanos me resbalé y me choqué contra la pared.

Se me rompieron las gafas en mil trozos y con eso, mi vista de lejos quedó notablemente limitada.

Ahora sólo podía ver con claridad las cosas que estaban relativamente cerca. Lo demás sólo podía imaginármelo.

Seguí bajando las escaleras, cojeando de la pierna izquierda, porque debía haber pisado los cristales y los llevaba clavados en la planta del pie.

En uno de los pisos, estaban haciendo obras, y salía un ruido atronador como de máquinas y había material de construcción en el rellano.

Me acerqué y cogí un puntal pequeño, como de metro y medio de largo.

Me serviría como bastón y también para defenderme.

Al doblar la esquina de una escalera, me encontré de frente con una figura siniestra y vestida de negro de arriba abajo, que se abalanzó sobre mí moviendo los brazos.

Sin pensarlo dos veces, le crucé la cara con el puntal. Con todas mis fuerzas, que dicho sea de paso, no eran muchas.

Cayó al suelo, pero como paraba de gritar e intentar atraparme con sus manos callosas y de uñas largas, tuve que reventarle el cráneo a golpes. Su sangre me salpicó entera y comprobé con enorme asco como del interior de su cabeza salían todo tipo de sustancias viscosas que me recordaron a la gotera de antes.

Seguí bajando pisos, al borde del desmayo y con las pulsaciones a mil por hora.

Ya no sentía el dolor de la herida de la mano, ni de la planta del pie, pero mi cuerpo temblaba involuntariamente de forma brusca y tenía la garganta tan seca que parecía de cartón.

No sentía nada.

Mientras seguía bajando pisos escuché gritos y mucho jaleo arriba, gente gritando y llamando a los timbres.

Gritos que parecían aullidos con el eco de la escalera.

Miré sobre el ascensor en qué número de piso estaba y ver que estaba en el octavo me animó considerablemente, sólo tenía que correr un poco más, y dentro de nada sería libre y estaría en la calle.

Escuché gritos y portazos terroríficos en los pisos superiores, pero ni me inmuté, porque ya quedaba menos.

Cuando llegué a la planta baja, vi un grupo de individuos oscuros y siniestros bloqueando la salida.

Les grite que me dejaran salir, que no me hicieran nada, que se apartaran. Ni se movieron. Les amenacé con el puntal, a ver si es funcionaba.

La miopía no me dejaba ver con claridad, pero percibí cómo estas figuras se iban moviendo hacia los costados, como una cortina, dejando libre el cristal para poder salir.

Eché a correr en dirección a la puerta tirando el puntal al suelo, pero no llegué a salir de allí porque los individuos oscuros me aplastaron la cabeza contra el cristal y me esposaron.

Según he podido leer días después desde el psiquiátrico en el que estoy ingresada, soy una asesina psicópata peligrosa. He matado a un vecino de 70 años, que era sacerdote, y he tenido a toda la comunidad amenazada y secuestrada durante más de media hora.

RUIDO